

GENEALOGÍA DE LA VIOLENCIA EN LA ARGENTINA DE LOS AÑOS 70

Guillermo Mira Delli-Zotti

Universidad de Salamanca, Spain. E-mail: mira@usal.es

Recibido: 4 Febrero 2009 / Revisado: 2 Marzo 2009 / Aceptado: 15 Marzo 2009 / Publicación Online: 15 Octubre 2009

Resumen: Este artículo aborda las condiciones históricas que llevaron a que Argentina –un país próspero y relativamente pacífico para los estándares latinoamericanos de la primera mitad del siglo XX- experimentara un ciclo de violencia devastador, particularmente en los años transcurridos entre 1969 y 1979. Aunque el foco de las investigaciones, el imaginario colectivo y las políticas de memoria han privilegiado la furiosa represión desatada por la tristemente célebre dictadura militar de Videla, Massera y Agosti, es evidente que ésta no agota los diversos repertorios de violencia que maduraron, se entrecruzaron y alcanzaron su clímax bajo el “Proceso de Reorganización Nacional”. Este trabajo rastrea las fuentes y los distintos vectores que cristalizaron en una violencia política cuyos orígenes, motivaciones y consecuencias continúan nutriendo el debate acerca del pasado dictatorial en Argentina.

Palabras Clave: Argentina, década 1970, dictadura, violencia.

INTRODUCCIÓN

A mediados de la década de 1960 Argentina se contaba entre los países más avanzados y pacíficos (en términos comparados) de América Latina. De hecho presumía de ser la sociedad más europeizada, próspera y culta del subcontinente. Esta autopercepción (tal vez exagerada, pero no descaminada de la realidad) cambió abruptamente tras un periodo de tiempo relativamente corto. En un artículo titulado “Argentina: guerra civil sin batallas”, María José Moyano describe ese quiebre de los años 70: “Entre 1969 y 1979 Argentina experimentó más de 22.000 actos de violencia en los que murieron por lo menos 9.000 personas. Los bandos

políticos se reagruparon varias veces, los objetivos fueron cambiando, pero la realidad fue mostrando a lo largo de la década una visión de la política como juego de suma cero que requería la destrucción del adversario”¹.

La definición como “guerra civil sin batallas” para caracterizar los años transcurridos entre 1969 y 1979 por la autora es compartida en cierto modo por Hugo Vezzetti, cuando también apela al imaginario de la guerra para reconstruir “la *experiencia social* de la irrupción de la violencia y el terrorismo de Estado en la Argentina”². Y algo parecido leemos en la obra de Pilar Calveiro (ella misma víctima de la represión dictatorial) donde, inspirándose en conceptos foucaultianos acerca de la lógica del poder, presenta unas Fuerzas Armadas en guerra contra la sociedad³. Con un lenguaje parecido aunque cargado de significados radicalmente diferentes, los militares presentaron y después pretendieron justificar sus acciones bajo el manto de una “guerra sucia” librada contra la subversión⁴.

Cada uno de ellos trata de dar cuenta de lo ocurrido siguiendo un itinerario particular. Moyano destaca la “fascinación por la violencia” que cautiva a buena parte de la sociedad argentina de la época. Calveiro focaliza la matriz de la sociedad, susceptible de ser disciplinada por un poder concentracionario ligado al papel histórico que los militares habían desempeñado en la política argentina. Y Vezzetti trata de desentrañar el camino por el cual la sociedad se deslizó hacia un extremo de desintegración y alienación, que tocó fondo con la práctica de la desaparición de personas: “El rostro de la dictadura argentina no sería lo que es, aquí y en el mundo, sin esos miles de víctimas masacradas en una empresa rutinaria”⁵.

Existen otros muchos trabajos que abordan cuestiones en torno a la dictadura 1976-1983, desde distintos ángulos (los militares, las organizaciones armadas, el periodismo, las ciencias sociales, la memoria histórica, las víctimas, las organizaciones de derechos humanos) y con diversos objetivos (comprensión, autojustificación, brindar testimonio, búsqueda de justicia y reparación, preservar la memoria, crear conciencia histórica, etc.)⁶.

Tan impactante ha sido este acontecimiento para el devenir de la Argentina contemporánea que una nueva especialidad –la Historia reciente– se está abriendo espacio en el mundo académico, alimentada en buena medida por el estudio de la dictadura y sus secuelas⁷. Una de esas secuelas es, a nuestro juicio, la paradoja siguiente: a un nivel general, existe un consenso bastante extendido acerca de la inconmensurabilidad de lo acontecido; sin embargo, persisten fuertes diferencias de opinión e interpretación a la hora de evaluar el significado de aquellos acontecimientos, no sólo entre quienes estuvieron en bandos enfrentados, sino en el propio campo de los afectados, y ni qué decir entre quienes vivieron a resguardo de los peores efectos del régimen militar (o incluso, por el contrario, se beneficiaron de él). Estas fuertes discrepancias a la hora de evaluar el pasado es lo que Elizabeth Jelín definió como “luchas por la memoria”, y que algunos de los miembros del grupo de investigación por ella creado se han encargado de profundizar⁸.

La aspiración por ensanchar esos espacios de significación es lo que mueve este trabajo. Y para ello partimos de la hipótesis de que la violencia instalada por aquellos años no fue fruto solamente de una simpatía ciudadana hacia los grupos guerrilleros que la ejercían, o el resultado de la lógica del poder militar, o el precipitado de representaciones e imágenes del conflicto social y político como guerra hasta alcanzar su materialización extrema; ninguna de estas explicaciones pueden ser soslayadas, pero pensamos que otra forma de abordar el problema es plantear que durante aquellos años de plomo interactuaron, se cruzaron y confluyeron distintos tipos de violencia, o formas de violencia que reconocían diferentes fuentes y objetivos, con historicidades propias y específicas que, combinándose y superponiéndose, alcanzaron un estadio de violencia generalizada, que guarda alguna relación con la descripción que hace Daniel

Pécaut para Colombia en las décadas del 80 y 90⁹. Aquí no proponemos una mera catalogación o una tipología de las distintas violencias identificadas; si acaso, ensayaremos una genealogía de ellas, con el fin de esbozar una cartografía que pueda acercarnos a aquellos años luminosos y a la vez trágicos, exultantes y a la vez reprimidos, de goce intenso de la vida y al mismo tiempo exaltación de la muerte, pero en cualquier caso decisivos para el devenir de Argentina como nación.

1. GENEALOGÍA DE LAS FORMAS DE VIOLENCIA QUE CONFLUYERON Y ESTALLARON EN LA ARGENTINA DE LOS AÑOS 70

Distinguiremos varios tipos de violencia a partir de los diferentes vectores que las impulsaron: 1. violencia estatal; 2. violencia relacionada con Perón y el movimiento peronista; 3. violencia guerrillera (foquista-revolucionaria-castrista); 4. violencia ideológica y 5. terrorismo de estado, el cual a su vez se nutrió de diversas vertientes:

la Doctrina de la Seguridad Nacional, como inspiración ideológica transnacional, pero también una matriz religiosa (católica) de la violencia y una violencia vesánica, que a su vez se expresó como violencia generizada, específicamente en la práctica de la tortura dentro de los campos de exterminio que creó la dictadura.

Violencia ejercida por el Estado, desde el poder, “oficial”.

En Argentina la formación del Ejército y la profesionalización de las Fuerzas Armadas estuvieron ligadas a la construcción del Estado liberal entre aproximadamente 1870 y 1910¹⁰. Este hecho suficientemente conocido merece dos observaciones. Primera, que el Estado liberal era en realidad un Estado oligárquico y, por lo tanto, el monopolio legítimo de la coerción –en teoría para defender la soberanía nacional– en la práctica estuvo al servicio de los intereses de los sectores dominantes, que constituían el núcleo del poder de ese Estado¹¹. La segunda observación es que la profesionalización de las Fuerzas Armadas respondió a una estrategia de las élites civiles para asegurar la subordinación de los militares al Estado, es decir, conseguir unas Fuerzas Armadas apolíticas.

Los resultados, sin embargo, fueron muy diferentes: lejos del deseado apoliticismo, las Fuerzas Armadas intervinieron muy pronto y reiteradamente en la escena política argentina y se convirtieron en un actor político de primera magnitud. No hace falta recordar la retahíla de golpes de estado que puntearon la historia argentina desde 1930 (1943, 1955, 1962, 1966, 1976), donde se reconoce que cada intervención militar fue un intento de restauración del statu quo ante, con la única discusión de si los militares constituían el brazo armado de la oligarquía (una fuerza al servicio de los sectores dominantes) o si, a partir de un determinado momento, actuaron con plena autonomía, como árbitros de la política nacional¹².

Con todo, a lo anterior hay que hacer una matización de la mayor importancia. Todos los golpes militares fueron pro-oligárquicos, menos uno: el de Ramírez en 1943 no sólo no fue un golpe a favor de la oligarquía, sino que fue anti-oligárquico. En él participó el entonces Coronel Juan Domingo Perón, quien tras los avatares del periodo 1943-1945 se convertiría en presidente de Argentina. Y emprendería la construcción de un Estado basado en una legitimidad distinta (incluso opuesta) a la del poder (oligárquico) hasta entonces vigente.

2. VIOLENCIA DE PERÓN Y EL PERONISMO

Tras su elección (febrero de 1946), el proyecto de Perón de construir un régimen populista afectó la naturaleza del Estado y, de cara a nuestra argumentación, abrió una bifurcación de la violencia estatal que, de hecho, había comenzado en 1943. En aras de la concisión (porque el tema requeriría más espacio), focalizaremos este proceso sobre Perón, el peronismo y la violencia (pero admitamos que se trata de una cuestión más compleja). El nudo sería la concepción de Perón sobre la política, la guerra y la violencia. Perón hizo una traslación de conceptos militares a la política; esta traslación es inexcusable para comprender no sólo el peronismo de los orígenes, sino también el de los años 70. A nadie escapa que trasladar conceptos militares a la práctica política implica considerar el ejercicio de la política desde el punto de vista de la guerra; en suma, transformar la política en guerra¹³.

Como profesional del uso de la fuerza y como estudioso de la estrategia militar, Perón concebía la política como si se tratase de la dirección de una guerra. Al reconstruir un orden estatal y

social de matriz *peronista*, Perón invirtió los términos en que se había concebido hasta entonces la violencia legítima. Designó como enemigo a la oligarquía e instaló en la sociedad la lógica amigo-enemigo, de modo que la lucha política fue impregnándose de la retórica de la guerra y, en la medida que las posiciones se polarizaban, su lenguaje fue haciéndose más belicoso: “por cada uno de los nuestros van a caer cinco de los de ellos”; “al enemigo, ni agua”¹⁴.

Simétricamente, los adversarios de Perón vieron cómo el líder y su movimiento le arrebataban el control del aparato estatal y la legitimidad que éste conllevaba. Sus opositores acusaron a Perón de nazifascista, de proyectar un estado totalitario, contrario a los principios liberales de la Nación, y de atentar contra las libertades públicas. En efecto, el peronismo procuró controlar los medios de comunicación, maniatar a la oposición (encarceló a algunos de sus líderes más destacados), limitó la libertad de expresión y pretendió *peronizar* la sociedad. Recurriendo a argumentos reales o fingidos, pero fundamentalmente a la violación del orden constitucional, la oposición tumbó al gobierno peronista¹⁵.

La autodenominada “Revolución Libertadora” (que derrocó a Perón) elevó el listón de la violencia a la barbarie. En junio de 1955, la Marina y la Fuerza Aérea, en un episodio que quedaría marcado a fuego en la memoria de los argentinos, atacaron al Gobierno con un bombardeo salvaje sobre la Plaza de Mayo provocando decenas de muertos entre los transeúntes e importantes daños materiales. El 16 de setiembre se concretó el derrocamiento del gobierno constitucional y pocos meses más tarde tuvieron lugar los fusilamientos de José León Suárez¹⁶, que segaron la vida de inocentes simpatizantes peronistas. Entretanto, altos mandos de las Fuerzas Armadas habían puesto en marcha la sustracción y ocultamiento del cadáver embalsamado de Eva Perón, que permanecería enterrado clandestinamente en un cementerio de Milán durante más de quince años¹⁷.

Mientras los líderes de la Revolución Libertadora suprimían por decreto cualquier alusión al ex presidente, en los partidarios de Perón se fue instalando un rencor profundo, un resentimiento y un odio hacia los que habían expulsado a su líder; en la memoria peronista anidó la idea de revancha, asociada a la

esperanza del retorno de Perón. Desde entonces el peronismo cultivó la imagen de víctima sometida a una serie de actos injustos. De ahí que emergiera una “resistencia peronista”, la cual a través de pequeñas acciones directas, de boicot, utilizando una violencia de baja intensidad, manifestó su amargura y su impotencia, y escenificó su rechazo ante el despojamiento ilegítimo de un gobierno en el que se veían representados¹⁸.

Más tarde, en 1970, la acción que popularizó a los Montoneros (la organización armada que reconocía su adscripción peronista) y que enlaza con este imaginario de revancha histórica, fue el secuestro y asesinato del general Pedro Eugenio Aramburu, inductor quince años atrás del derrocamiento de Perón y de la sustracción del cadáver de su esposa. Pero para hacer inteligible la actuación de Montoneros y los movimientos guerrilleros en general, hay que introducir primero otra fuente que vino a engrosar los repertorios de la violencia.

3. VIOLENCIA GUERRILLERA O REVOLUCIONARIA

Con el triunfo de la revolución cubana (1 enero 1959) aparece una violencia instrumental, que primero se implementa como táctica, pero que al calor del éxito castrista se convierte en doctrina: la teoría del foco guerrillero, la “Revolución en la revolución”, entre los conceptos que gozaron de mayor popularidad. Naturalmente, la implementación de la violencia como arma política no nació en Cuba, pero el modo como los guerrilleros triunfantes presentaron los hechos, la fascinación que ejercieron los barbudos y, un poco más tarde, la gesta heroica del Che Guevara, revistieron al castrismo de enorme prestigio como teoría y praxis de la revolución en América Latina¹⁹. El éxito de la “teoría del foco” guerrillero hay que buscarlo no sólo en el efecto demostración (si en Cuba funcionó, ¿por qué no en otros lugares sometidos a condiciones similares?), sino en la argumentación y el dispositivo ideológico que sustentaban la acción de los revolucionarios cubanos y tan bien ha sintetizado Jorge Castañeda: estatuto neocolonial de América Latina, carácter disfuncional del capitalismo en la región, inexistencia de canales democráticos de expresión y reforma e inviabilidad de cualquier forma de desarrollo no socialista²⁰.

Así, las tesis sustentadas por la vanguardia cubana (el carácter continental de la revolución, su naturaleza socialista, el triunfo asegurado por

la vía armada, la dirección en manos de la pequeña burguesía aliada a su vez con las masas campesinas, y la esterilidad de los partidos comunistas locales²¹) se convirtieron en santo y seña de una generación compuesta por amplios sectores juveniles, universitarios, intelectuales y profesionales del subcontinente. De modo que la lucha armada pasó de ser un medio a la condición *sine qua non* para conquistar el poder. Desde entonces proliferaron las organizaciones armadas, desde Guatemala a Colombia y de Nicaragua a Perú. Cuando en la segunda mitad de los 60 la teoría del foco original inspiró guerrillas urbanas en los países más desarrollados del sur del continente (como Chile, Uruguay y Brasil), también en Argentina surgieron varios grupos guerrilleros, pero la conexión con Cuba no es tan mecánica en el principal de ellos: Montoneros.

Al abordar el tema de las guerrillas en Argentina habría que señalar dos especificidades: 1. Aparecieron numerosos (pequeños) grupos armados: FAP (Fuerzas Armadas Peronistas), FAL (Fuerzas Armadas de Liberación), FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias), Montoneros y ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo), cubriendo una gama amplia de opciones ideológicas: marxistas, trostkistas, castristas y peronistas; 2. Montoneros no puede considerarse propiamente un “grupo guerrillero”; fue, en el mejor de los casos, una organización armada, con una base de masas sustentada en la Juventud Peronista (la JP). Tanto en sus orígenes como en su etapa de expansión, la violencia de Montoneros respondió mucho más a “la cuestión peronista” que a la inspiración cubana. El título que les dedica Richard Gillespie en la que constituye tal vez la mejor monografía sobre el movimiento, es por demás elocuente: soldados de Perón²².

El secuestro y asesinato del general Aramburu - que no fue la primera acción del grupo pero sí les dio un lugar en la historia-, era la revancha contra uno de los inductores y ejecutores de la caída y vejación del peronismo. Este hecho impactante operó en la memoria peronista como una suerte de reparación: se había hecho justicia con quien derrocó a Perón, asumió los asesinatos de José León Suárez, el fusilamiento de Valle (militar peronista que pretendió levantarse en armas contra el gobierno usurpador) y sustrajo el cadáver de Evita. En definitiva, la aparición de FAP, FAR, Montoneros y otros grupos tuvo aroma cubano (sobre todo en el caso del ERP), pero la

legitimación de la violencia conectaba directamente con la doctrina peronista: “la violencia de los de arriba provoca la violencia de los de abajo”; “en manos del pueblo, la violencia no es violencia, es justicia”, como solía decir el general.

Para las Fuerzas Armadas, la acción de Montoneros contra Aramburu también marcó un punto de inflexión, pero simétricamente opuesto: la irrupción, en Argentina, del temido fantasma de la guerrilla hecho realidad.

4. VIOLENCIA IDEOLÓGICA

“Pienso que así como existen épocas en las cuales las ideas desempeñan un papel menos activo en la arena política, en cambio las décadas del sesenta y setenta estuvieron habitadas por intensas pasiones ideológicas. Más concretamente, pienso que en ese período los actores involucrados en violentas confrontaciones políticas resultaron en buena medida configurados por concepciones con fuertes tendencias totalizadoras, cuando no realmente integristas”²³.

Son estas pasiones ideológicas que refiere Oscar Terán las que encontraron la tracción para elevarse y confrontarse a partir de la fuerte movilización social desatada en 1969 por el Cordobazo (que culminó con el derrocamiento del dictador Onganía) y otras puebladas similares, como el Tucumanazo; con la intensificación del accionar de los grupos guerrilleros, el triunfo de un gobierno de izquierdas en Chile y, a nivel internacional, el empantanamiento de Estados Unidos en Vietnam. Todos estos acontecimientos, redimensionados por la radicalidad de las ideologías, forzaron a los militares a buscar una salida negociada y condujeron hasta las elecciones del 11 de marzo de 1973 y el tan esperado regreso de Perón al país. ¿Cómo explicar entonces que la democracia instaurada en 1973 con la mitad del electorado respaldando al peronismo, refrendada poco después con el 62% de los votos a favor del mismo partido, no haya logrado arraigar? No sólo eso, ¿cómo dar cuenta de su transfiguración en una orgía de violencia hasta desembocar en el estado terrorista que instauraron Videla, Massera y Agosti a partir del 24 de marzo de 1976?²⁴

Una de las razones es que hacia 1973 muy pocos creían en la democracia. Por el contrario, la experiencia inmediata del país no invitaba al

arraigo de una cultura democrática y esto en buena medida fruto de la radicalización del pensamiento y la carga de dogmatismo e intransigencia que destilaban las ideologías dominantes: marxismo, anticomunismo, troskismo, integrismo católico, maoísmo, anti-imperialismo, dependentismo, todas ellas se desplegaban en la arena pública con veleidades hegemónicas, afectadas por el más exacerbado fundamentalismo. Cada una de ellas potenciaba el sectarismo, la confrontación por sobre las coincidencias, la ruptura frente a la búsqueda de acuerdos, despreciando los argumentos del oponente y sus opciones, invalidando cualquier posibilidad de diálogo o entendimiento. En paralelo, durante el periodo comprendido entre 1970 y 1976 (pero sobre todo en la etapa 73-76), el pensamiento del establishment y las Fuerzas Armadas se endureció y continuó madurando la evolución que coronaría la Doctrina de la Seguridad Nacional en Terrorismo de Estado. Si hemos de buscar un momento clave en esta transición, posiblemente habría que señalar los 14 meses previos al golpe de Estado de 1976.

El terror había comenzado antes que la Junta de Comandantes expulsara a la viuda de Perón de la presidencia: con la entrada en escena de la Triple A (el grupo paramilitar organizado por el consejero áulico de Perón, su ministro de Bienestar Social, José López Rega) y otros grupúsculos menores como el Comando Libertadores -todos ellos conectados con la policía y el Ejército, y amparados desde el aparato del Gobierno- se inició una caza de brujas contra militantes de izquierda, periodistas y abogados, gente de la cultura, líderes sindicales y barriales no encuadrados en el peronismo ortodoxo.

Una maquinaria represiva ilegal que se cobró unas 800 víctimas a lo largo de 1975, sin que ningún caso llegara a la justicia; que se superpuso y en parte camufló con las acciones cada vez más virulentas atribuidas a las organizaciones armadas, el ERP y, luego de su paso a la clandestinidad, también Montoneros.

Cuando la guerrilla de Mario Roberto Santucho decidió echarse al monte tucumano (emulando la gesta de Castro en Sierra Maestra), el Poder Ejecutivo firmó los decretos que autorizaban la participación de las Fuerzas Armadas en la lucha contra la “subversión”, y el Ejército inició el Operativo Independencia, un laboratorio para los métodos represivos que institucionalizaría a partir de 1976²⁵.

5. TERRORISMO DE ESTADO

Se pueden identificar distintas vertientes que terminarían moldeando el ejercicio del Terrorismo de Estado en Argentina, con sus centros clandestinos de detención, sus torturados y desaparecidos, sus bebés robados y sus vuelos de la muerte, todo ello revestido de cruzada para salvaguardar los valores cristianos que sostienen la civilización occidental: la Doctrina de la Seguridad Nacional, la jerarquía eclesiástica - que a través de un catolicismo integrista justificaba la necesidad de la violencia como purificación y expiación-, la técnica concentracionaria, que a la sevicia con que operaba sobre los cuerpos de sus víctimas añadió una violencia generizada.

Desde el punto de vista del clima ideológico de la época y desde la perspectiva de las Fuerzas Armadas, de sus hipótesis de conflicto y su “visión del mundo”, podría decirse que la Doctrina de la Seguridad Nacional constituyó el líquido amniótico que envolvía las estrategias de los militares argentinos (y latinoamericanos en general)²⁶.

Si bien el paquete de propuestas que contenía (la definición de un nuevo tipo de conflicto, no territorial sino ideológico; el combate contra un enemigo interno; el hacer frente a una “guerra revolucionaria”, etc.) se asocia inmediatamente a una elaboración, pedagogía y difusión con centro en Estados Unidos²⁷, el camino de la doctrina en su gestación fue largo y sinuoso. Comenzó a fraguarse en las derrotas de los ejércitos franceses contra pueblos asiáticos y africanos. De esas derrotas coloniales ante indochinos y argelinos se extrajeron lecciones de gran calado: la imagen del enemigo como la alteridad radical, irreductible, que practicaba métodos de lucha inimaginables hasta entonces y que amenazaba con sus comportamientos los valores de la civilización occidental; la necesidad de adaptar los métodos de combate propios a la heterodoxia del adversario y, en ese camino hacia la degradación del ser humano y las reglas de la guerra, la implementación de la tortura como arma de obtención de información, justificada moralmente por sacerdotes franceses con el argumento de sacrificar a uno (el presunto terrorista) en aras de la salvación de cientos de inocentes.

La nueva doctrina llegó a Argentina por dos vías: entre 1958 y 1966 fueron los propios instructores franceses (curtidos en la guerra de

Argelia), así como emigrantes corsos del norte de África, quienes aleccionaron a los militares argentinos o influyeron en las fuerzas de seguridad. Desde 1966 el adiestramiento de los oficiales se realizó directamente en escuelas militares de los Estados Unidos²⁸. Pero sería esquemático afirmar que los aventajados discípulos del Cono Sur aplicaron a rajatabla los métodos aprendidos en Washington siguiendo a pie juntillas las directrices del Pentágono. El ejército argentino asumió globalmente las tesis norteamericanas (era necesario poner una barrera de contención al avance del comunismo, y particularmente en América Latina frente a la amenaza cubana), pero desarrolló su propio estilo. Una de las especificidades que marcó su accionar fue su inextricable asociación con la Iglesia Católica. Desde el inicio, desde la Conquista, desde la Independencia, la cruz y la espada marcharon unidas. Esta relación tuvo altibajos a lo largo del siglo XIX y en los primeros tramos del XX, pero a partir de la década de 1930 la unión se hizo más sólida; los militares y la jerarquía católica se convirtieron en el anclaje de referencia para el establishment conservador en la Argentina²⁹.

La complicidad de los ministros de la Iglesia – tanto locales como representantes del Vaticano– con la dictadura argentina nunca dejará de ser un tema espinoso, y tal vez por lo mismo nunca suficientemente destacado³⁰. Fue mucho más allá de la condescendencia o el silencio cómplice: una fuente principal que sostuvo e impulsó la violencia ejercida por la Junta Militar sobre la sociedad hay que buscarla en la religión, tanto en la doctrina cristiana en sentido amplio, como en el integristismo de la jerarquía católica argentina, que se convirtió en la piedra angular de la espiritualidad de las Fuerzas Armadas desde Onganía a Videla. De ahí la presencia de sacerdotes no sólo como capellanes castrenses bendiciendo el Ejército, sino en los intersticios más turbios del aparato represivo, acumulando información, ejerciendo la delación o secundando a los verdugos en la tortura³¹. Porque la violencia exterminadora emanada de la dictadura respondió no sólo a objetivos políticos y económicos, o a una coyuntura internacional de excepcional gravedad (de acuerdo al diagnóstico de los uniformados) sino que fue guiada por principios morales y culturales.

A partir del 24 de marzo de 1976, la acción del “Proceso de Reorganización Nacional” (como los comandantes denominaron a la dictadura) y

de su aparato represivo estuvieron legitimados por la idea de purificación, donde los militares aparecían como guerreros ungidos por Dios para afrontar un combate apocalíptico. En su actuación se confundían las presunciones de la estrategia castrense (según la cual los militares libraban la Tercera Guerra Mundial) con los conceptos de expiación y redención del cristianismo, que los militares tradujeron en sus prácticas criminales a un riguroso disciplinamiento del cuerpo social. El baño de sangre estaba justificado, incluso más, era necesario si se quería redimir a la sociedad argentina de sus múltiples pecados: la corrupción, la subversión, la desviación del orden natural emanado de la voluntad divina, amenazado por sistemas de pensamiento diabólicos como el comunismo, el ateísmo o el laicismo.

En manos de los militares argentinos (inspirados por el catolicismo integrista) esta cruzada se convirtió en una *lucha contra la modernidad*³², por la restauración de un orden natural y eterno, donde no cabía el enfrentamiento de clases, ni el marxismo que lo tipificó; pero tampoco entraban la industrialización, ni la ilustración, ni el liberalismo. No por casualidad el almirante Massera atribuía los males del mundo (moderno) a Marx, Freud y Einstein, uniendo así el antisemitismo de las élites políticas y sociales argentinas con el antimodernismo del derecho natural cristiano³³.

En el exhaustivo estudio de Emilio Crenzel sobre el *Nunca Más* (el informe que la CONADEP había elaborado para esclarecer los crímenes del terrorismo de Estado)³⁴, el autor llama la atención sobre una reedición ilustrada del mismo (de 1995), donde se presenta al cristianismo como la clave de las masacres y genocidios en la historia. Los *collages* de León Ferrari -artista escogido para la ocasión- que acompañan el informe de la comisión Sábato reinterpretan el prólogo del *Nunca Más*: el ilustrador, trastocando el contenido original del texto de la CONADEP, que juzgaba “las desapariciones como la antítesis de los principios religiosos y políticos de Occidente”, por el contrario, “asocia las desapariciones con el cristianismo”³⁵.

La obra pictórica está sembrada de pasajes bíblicos que escenifican castigos ordenados por Dios, catástrofes que involucran a toda la sociedad, expresiones de un poder absoluto que se combinan y superponen con fotografías de los

generales en acción, practicando la represión mientras entonan su defensa de los derechos humanos en nombre de la civilización “occidental y cristiana”. Confesiones previas del marino Scilingo, en el sentido de que los capellanes confirmaban el carácter cristiano de los “vuelos de la muerte” para tranquilizar las conciencias de sus ejecutores, avalarían la propuesta estética de Ferrari. “Así, la metáfora infernal del *Nunca Más* es reinterpretada como la puesta en acto del espíritu del cristianismo, no como su negación, y la complicidad de la Iglesia ante las desapariciones es presentada en términos institucionales y no individuales como en el informe original”³⁶.

Al ingresar como prisionero en El Olimpo -uno de los más de 300 centros clandestinos que funcionaron bajo la dictadura-, a Mario César Villani le sorprendió esta leyenda: *Bienvenido al Olimpo de los Dioses. Firmado: Los Centuriones*. “Lo que importa en la bienvenida es la idea de Dios. Los verdugos se creían encarnaciones de la divinidad e imaginaban que tenían potestad para decidir sobre la vida y la muerte de las víctimas”³⁷.

Los campos de detención clandestinos fueron pieza fundamental del aparato represivo, el rostro oculto del régimen militar. La dictadura tenía dos caras: a la luz del día desplegaba su retórica pedagógica y amenazante, controlaba los medios y la información; de noche ejecutaba sus designios más oscuros, clandestina, subterráneamente. Pilar Calveiro, quien también padeció y sobrevivió a esos tormentos, sostiene que “ni la guerrilla ni los militares, ni por supuesto los campos de concentración constituyeron algo ajeno a la sociedad en su conjunto (...) El sostén del campo de concentración es la noción de guerra contra un enemigo infrahumano que hay que destruir”³⁸. Por eso en los campos hay un trabajo de deshumanización de los prisioneros: ellos no tienen nombres, sino números. Calveiro fue capaz de “objetivar” su propia experiencia, distanciándose, trascendiendo el sufrimiento personal para poder comprender y revelar una verdad. “Hay una auténtica labor del campo de concentración para destruir al hombre; para eso usa la tortura, el terror y un conjunto de mecanismos de deshumanización y despersonalización que (...) tienen una doble función: destruir a la víctima y facilitar el trabajo del victimario”³⁹. Todo estaba dispuesto para escamotear la humanidad del prisionero: la humillación y la animalización de los sujetos

eran otras formas de negarles su condición humana. ¿De dónde brotaba este componente vesánico de la violencia? En algún pasaje de sus crónicas Andrew Graham-Yooll hizo la curiosa observación de que los que torturaban tenían la tez más oscura y un nivel cultural bastante inferior a los torturados.

En los años más trágicos de la violencia terrorista en Perú, Nelson Manrique comentará – a propósito del daño infligido por Sendero Luminoso a sus víctimas-: “en el fondo de la violencia étnica hay pues una negación de la humanidad de la víctima (...) Y la crueldad de esta violencia es proporcional a la dimensión de la anterior negación de esa humanidad”⁴⁰. Una transposición de la intuición de Manrique al caso que nos ocupa ayudaría a poner las aberraciones cometidas dentro de los centros clandestinos en otra perspectiva⁴¹. La meticulosa construcción del concepto *subversivo* allana el camino hacia ese objetivo de deshumanización, a consagrar la alteridad radical, la ajenidad del enemigo: anti-patriota, traidor, comunista, homosexual, psico-bolche. En oposición, los carceleros se sentían investidos de un poder absoluto: “Somos Diosito” (...) “Si no cantás, te vas para arriba. Acá ni siquiera tenés derecho a elegir cuándo vas a morir”⁴². Pero en ese ejercicio orgiástico y brutal de violencia represiva, en medio de vejaciones, tormentos, traslados y desapariciones emergió todavía otro fenómeno que no puede soslayarse: la violencia generizada.

En su estudio ya clásico sobre la mujer en América Latina, Maxine Molyneux recoge el consenso que existe acerca de cómo el género impregnó el aparato represivo desplegado por los militares. “El extendido uso de la tortura contra los prisioneros se erotizó y sexualizó. Las mujeres eran sometidas rutinariamente a violaciones y otros abusos sexuales en formas que expresaban una misoginia sádica”⁴³. La autora concluye que incluso en la tortura se reproducían las jerarquías entre hombres y mujeres. Pero llegados a este punto es lícito preguntarse si esa “generización” de las técnicas represivas, si el particular ensañamiento contra la mujer por el hecho de serlo, reflejaba solamente un machismo ancestral o había algo más.

La conmemoración del cuarenta aniversario del mayo francés y las revisiones sobre las revueltas juveniles de 1968 abren nuevos horizontes de significación. “El talante dionisiaco del 68 se

oponía al orden sexual que reinaba en la sociedad burguesa, y ello constituyó el núcleo basal de la revuelta. Una revuelta generada (...) por la potencia del *orgón*. (...) Todas las críticas a los fuegos de artificio político del 68 no tienen en cuenta su hoguera fundamental, encendida desde el sexo, y gracias, decisivamente, al movimiento de liberación de la mujer”⁴⁴.

Nada más lejos de los ideales de ascetismo y contención pregonados (aunque no necesariamente practicados) por el general Videla y sus compinches, civiles y eclesiásticos. Justamente cuando la deriva de la juventud argentina cabalgaba sobre la estela sesentayochista, empezó a maquinarse la contrarrevolución, cuya esencia última era mucho más sociocultural que política, y cuyo designio era el sometimiento de mentes y corazones a un orden marcial. La dictadura 1976-1983 pretendió recuperar e imponer un ideario tradicional; se propuso desactivar una revolución que apuntaba a destruir la moral cristiana, las buenas costumbres, las jerarquías sociales y también de género, en fin, el orden natural del poder social. En esta cruzada por neutralizar la revolución de las mentalidades, la posición y las capacidades de la mujer en la sociedad resultaban un factor crítico.

Recordemos la sentencia de Emmanuel Todd: “Cuando los hombres, o más exactamente, las mujeres, saben leer y escribir, comienza el control de la fecundidad”⁴⁵. Se pone en marcha la transición demográfica, y de ahí a la universalización de la democracia hay un paso. Si se interpretan las grandes explosiones juveniles del 68, de París a Praga y de San Francisco a ciudad de México, como una revolución cultural y aún más, una revolución moral y de los modos de vida, estaremos más cerca de comprender el programa último de las dictaduras militares de los años 70 y 80, sus blancos, sus enemigos y la lógica de sus técnicas represivas. El paso del tiempo está permitiendo que mujeres que han podido sobrevivir a detenciones y estancias en centros clandestinos, comiencen a relatar sus experiencias⁴⁶.

Hasta hace poco pesaba sobre ellas el silencio por el estigma de la traición, de haber sobrevivido (se supone que plegándose a sus verdugos), colaborando con ellos en la delación de compañeros u otras tareas de inteligencia. Ahora que ya no es un secreto, las lúbricas relaciones entre detenidas y captores ofrecen pistas inequívocas sobre hacia dónde iba la represión, y qué era lo que se quería reprimir: el

empoderamiento de la mujer a la par que la feminización del hombre, el desafío al poder patriarcal a manos de una competidora colosal, en medio del desconcierto (mezcla de estupor y morboso deslumbramiento) provocado ante el descubrimiento de atributos femeninos que iban más allá de ser madre, esposa, hija o amante; una espoleta de la *subversión* mucho más peligrosa que la político-militar.

Los captores quedaban embelesados ante sus presas femeninas: simpáticas, guapas, inteligentes y con conocimientos muy valorados por los militares -como la manipulación de explosivos o el manejo de armas-, los estereotipos femeninos de los verdugos saltaron por los aires. La historia de Ana Testa, que puede seguirse a lo largo de entrevistas y documentales -fundamentalmente *Montoneros, una historia*⁴⁷, que la tiene como protagonista, o *El alma de los verdugos*⁴⁸-, permite acercarse a la sociología de los centuriones, sus perversiones y sus pesadillas.

Argentina arrastra un pasado difícil de digerir, que ya es parte de su identidad: entre memorias densas, contrapuestas, discordantes y fragmentarias; amnesias infames, selectivas, inconcientes o vergonzantes; y heridas que aún no cicatrizan, y que tardarán en hacerlo. Nada de lo anterior es ajeno a las sinuosas cartografías de la violencia, que se ha metamorfoseado pero no ha desaparecido.

NOTAS

¹ Moyano, M.J., “Argentina: guerra civil sin batallas”, en P. Waldmann y F. Reinares (comps.), *Sociedades en Guerra Civil*, Barcelona, Paidós, 1999, 235.

² Vezzetti, H., *Pasado y Presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 11.

³ Calveiro, P., *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*, Buenos Aires, Colihue, 1998, 7-14.

⁴ Vid. Andersen, M.E., *Dossier secreto. El mito de la ‘guerra sucia’ en Argentina*. Buenos Aires, Sudamericana, prólogo, 15-21.

⁵ Vezzetti, H., *Pasado y Presente*, op. cit., 11.

⁶ Por citar algunos: Novaro, M. y V. Palermo, *La dictadura militar 1976/1983. Del Golpe de Estado a la restauración democrática*, Buenos Aires, Paidós, 2003; Mattini, L., *Hombres y mujeres del PRT-ERP (La pasión militante)*, La Plata, de la Campana, 1996; Seoane, M y V. Mulero, *El dictador. La historia secreta y pública de Jorge Rafael Videla*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001; Suriano, Juan (dir.), *Nueva Historia Argentina. Dictadura y democracia*

(1976-2001), Buenos Aires, Sudamericana, 2005, tomo X; Quiroga, H. y C. Tcach (comps.), *Argentina 1976-2006. Entre la sombra de la dictadura y el futuro de la democracia*, Rosario, Homo Sapiens/ Universidad Nacional del Litoral, 2006; Lida, C., H. Crespo y P. Yankelevich (comps.), *Argentina, 1976. Estudios en torno al golpe de Estado*, México, FCE/ El Colegio de México.

⁷ Vid. Franco, M. y F. Levín (comps.), *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Buenos Aires, Paidós, cap. 1, especialmente 56-59.

⁸ Jelin, E., *Los trabajos de la memoria*, Madrid, Siglo XXI, 2002.

⁹ Para el caso colombiano, donde se recorre el trayecto desde una violencia política a una violencia generalizada, vid. Pécaut, D., “Violencia y política en Colombia”, en A. Adrianzen y otros, *Democracia, etnicidad y violencia política en los países andinos*, Lima, IFEA-IEP, 1993, cap. 13, 267-288.

¹⁰ Rouquié, A., *América Latina. Introducción al Extremo Occidente*, México, Siglo XXI, 1989, capítulo 5, 211-218.

¹¹ Cavarozzi, M., *El capitalismo tardío y su crisis en América Latina*, Rosario, Homo Sapiens, 1996.

¹² Para un desarrollo exhaustivo del tema militar en Argentina, vid.: Rouquié, A., *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 1981 y 1982 (2 vols.). Para el mismo tema ampliado al contexto latinoamericano, vid.: Rouquié, A., *El Estado militar en América Latina*, Buenos Aires, Emecé, 1984, especialmente capítulos 2 y 3; y Kruijt, D. y K. Koonings, “Fuerzas Armadas y política en América Latina: perspectivas futuras”, *Iberoamericana*, nº 8 (2002), 7-22.

¹³ Feinmann, J.P., *La sangre derramada. Ensayo sobre la violencia política*, Buenos Aires, Seix Barral, 2003 [1998], 40-41. Este autor es muy explícito al respecto. Existen también otros estudios que desarrollan cuidadosamente la relación entre peronismo y violencia. Vid. Rozitchner, L., *Perón: entre la sangre y el tiempo. Lo inconciente y la política*, Buenos Aires, Catálogos 1988 y 2000 (2 tomos); y Sebreli, J.J., *Los deseos imaginarios del peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1992 [1983], especialmente los capítulos II y VI, donde el autor señala los puntos de contacto entre el peronismo y el fascismo y etiqueta a los Montoneros (la izquierda peronista de los 70) como un “fascismo de izquierda”. Precisamente esta interpretación (el peronismo como un tipo de “fascismo criollo”) es lo que produce un fuerte rechazo a la interpretación de Sebreli por parte de una sociedad donde el peronismo siempre disfrutó de un fuerte arraigo popular así como de la adhesión de sectores intelectuales.

¹⁴ “El peronismo polarizó la sociedad, comprometió el temprano ‘empoderamiento’ de la clase trabajadora y no restauró el statu quo liberal democrático anterior a 1930. En consecuencia, dejó un legado de tensión política, debilidad institucional e intervención militar”, Knight, A., “Las tradiciones democráticas y revolucionarias en América Latina”,

Bicentenario. Revista de Historia de Chile y América, n° 1 (Santiago de Chile, 2003), 34.

¹⁵ Sobre el derrocamiento de Perón, vid: Tcach, C., “Golpes, proscripciones y partidos políticos”, en D. James (dir.), *Nueva Historia Argentina. Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003, tomo IX, 20-23; Rock, D., *Argentina 1516-1987. Desde la colonización española hasta Raúl Alfonsín*, Madrid, Alianza, 1988, 387-396. Para una evaluación global de su gobierno, controvertida pero muy documentada, vid. Gambini, H., *Historia del peronismo. El poder total (1943-1951)*, Buenos Aires, Planeta, 1999.

¹⁶ Para una reconstrucción de los hechos, pionera en su estilo, vid.: Walsh, R., *Operación masacre*, Madrid, 451 editores, 2008 [1964], redescubierto ahora como el libro con el que arranca el Nuevo Periodismo.

¹⁷ Las peripecias de esta historia están magníficamente narradas en una novela: vid. Martínez, T.E., *Santa Evita*, Barcelona, Seix Barral, 1995.

¹⁸ Vid. Amaral, S. y M. Plotkin (comps.), *Perón del exilio al poder*, Buenos Aires, Cántaro, 1993, especialmente el capítulo 3, 69-94.

¹⁹ Para una crítica retrospectiva a la representación que hizo la revolución cubana de sí misma, exaltando la voluntad revolucionaria y la lucha armada como claves del éxito (lo cual relativizan los hechos históricos) vid.: Giussani, P., *Montoneros. La soberbia armada*, Buenos Aires, Sudamericana/Planeta, 1984, 113-120.

²⁰ Castañeda, J., *La utopía desarmada. Intrigas, dilemas y promesa de la izquierda en América Latina*, Barcelona, Ariel, capítulo III, 85.

²¹ *Ibid*, 86-88.

²² Gillespie, R., *Soldados de Perón. Los Montoneros*, Buenos Aires, Grijalbo, 1998 [1987].

²³ Terán, O., “La década del 70: la violencia de las ideas”, *Lucha Armada en la Argentina*, n° 5 (2006), 20.

²⁴ Así lo bautizó el abogado y defensor de presos políticos Luis Eduardo Duhalde, en un libro pionero sobre el tema escrito durante su exilio en España. Vid.: Duhalde, L.E., *El Estado terrorista argentino*, Barcelona, Argos Vergara, 1983.

²⁵ Para los acontecimientos del año 1975, vid.: Graham-Yooll, A., *Memoria del miedo*, Barcelona, Libros del Asteroide, 2006, una crónica periodística que reproduce la atmósfera que se vivía entonces. Para el Operativo Independencia en Tucumán, vid.: Andersen, M.E., *Dossier secreto...*, op cit, capítulo 9.

²⁶ Para el caso argentino, vid.: Maristany, J.J., *Narraciones peligrosas. Resistencia y adhesión en las novelas del Proceso*, Buenos Aires, Biblos, 1999, 26-28.

²⁷ Para una presentación sobre el papel de Estados Unidos en América Latina y, en particular, las relaciones de la potencia del norte con las dictaduras latinoamericanas, vid.: Solís Delgadillo, J.M., *NN. La Operación Cóndor. Memoria y derecho*, México, Universidad Autónoma de San Luis Potosí, 2006.

²⁸ Rouquié, A., *Poder militar y sociedad política en la Argentina II. 1943-1973*, Buenos Aires, Emecé, 1982, capítulo 4.

²⁹ Para las relaciones entre la Iglesia, el Ejército y la política en Argentina, vid.: Zanatta, L., *Del estado liberal a la nación católica: iglesia y ejército en los orígenes del peronismo, 1930-1943*, Buenos Aires, Universidad de Quilmas, 1996; y del mismo autor, *Perón y el mito de la nación católica: iglesia y ejército en los orígenes del peronismo (1943-1946)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

³⁰ Vid.: Mignone, E., *Iglesia y dictadura*, Buenos Aires, La Página, 1999. Se trata de una investigación de un alto valor informativo y moral. Su autor, ferviente católico conservador, sufrió la desaparición de una hija y, en las contingencias de su búsqueda, descubrió la posición de la Iglesia frente a lo que estaba sucediendo. Mignone se convirtió en uno de los principales luchadores por el respeto a los derechos humanos en Argentina, fundó y presidió el CELS (Centro de Estudios Legales y Sociales), uno de los organismos clave en la denuncia de los mecanismos del terrorismo de Estado y en la lucha por la justicia.

³¹ El caso más conocido es el del sacerdote Christian von Wernich, juzgado y condenado por amparar la tortura. Vid.: Garzón, B. y V. Romero, *El alma de los verdugos*, Barcelona, RBA, 2008, 345-349.

³² Para evaluar cómo la dictadura se cebó en la destrucción de la cultura y sus transmisores, vid.: AIDA, *Argentina, cómo matar la cultura*, Madrid, Ed. Revolución, 1981; e Invernizzi, H., y J. Gociol, *Un golpe a los libros. Represión a la cultura durante la última dictadura militar*, Buenos Aires, Eudeba, 2002.

³³ Vid.: Bayer, O. y J. Gelman, *Exilio*, Buenos Aires, Planeta, 2006 [1984], 60-61.

³⁴ CONADEP, *Nunca Más. Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas*, Buenos Aires, Eudeba, 2003 [1985].

³⁵ Crenzel, E., *La Historia política del Nunca Más. La memoria de las desapariciones en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, 158.

³⁶ Crenzel, E., *La historia...*, op. cit., 159.

³⁷ Martínez, T.E., “El Olimpo del horror”, *El País Semanal*, 31 diciembre 2005, 23.

³⁸ Calveiro, P., *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*, Buenos Aires, Colihue, 1998, 97 y 98.

³⁹ Calveiro, P., *Poder...*, op. cit., 100

⁴⁰ Manrique, N., “La década de la violencia”, *Márgenes*, n° 5/6 (1989), 168.

⁴¹ “El cuaderno de notas estaba abierto, en medio de la mesa. Había una sola frase escrita en esas dos páginas que quedaban a la vista. Decía: “¿A partir de qué edad se puede empesar [sic] a torturar a un niño?”. Así comienza *Dos veces junio* (Buenos Aires, Sudamericana, 2002) de Martín Kohan, que ficcionaliza las peripecias de un médico militar a través de los ojos del conscripto que conduce su automóvil.

⁴² Martínez, T.E., “El Olimpo...”, op cit, 23.

⁴³ Molyneux, M., *Movimiento de mujeres en América Latina. Estudio teórico comparado*, Madrid, Cátedra, 2003, 103.

⁴⁴ Verdú, V., “1968. El año que cambió el mundo”, *ELPaís semanal*, 6 enero 2008, 52

⁴⁵ Todd, E., *Después del Imperio. Ensayo sobre la descomposición del sistema norteamericano*, Barcelona, Foca, 2003, 29

⁴⁶ Vid.: Actis, Munú y otras, *Ese infierno. Conversaciones de cinco mujeres sobrevivientes de la ESMA*, Buenos Aires, Altamira, 2006.

⁴⁷ Di Tella, A. *Montoneros, una historia*, DVD, SBP, 2006 [1996].

⁴⁸ “Yo negocié mi sonrisa a cambio de mi vida”, cit. en B. Garzón y V. Romero, *El alma de los verdugos*, Barcelona, RBA, 2008, p. 229.